



CEU

*Universidad
San Pablo*

**Facultad de Ciencias
Económicas y Empresariales**

Los economistas y la historia

Pedro Tedde de Lorca

Catedrático de Historia
e Instituciones Económicas
Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Vicente Ferrer
Abril de 2009

CEU Ediciones

Los economistas y la historia

Pedro Tedde de Lorca

Catedrático de Historia
e Instituciones Económicas
Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Vicente Ferrer
Abril de 2009

**Facultad de Ciencias
Económicas y Empresariales
Universidad CEU San Pablo**

Los economistas y la historia

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2009, Pedro Tedde de Lorca

© 2009, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU Ediciones

Julián Romea 18, 28003 Madrid

www.ceu.es

Depósito legal: M-44983-2009

Compuesto e impreso en el Servicio de Publicaciones de la Fundación Universitaria San Pablo CEU

Es tradición de esta casa, en la festividad de San Vicente Ferrer, evocar al Santo Patrono de las Facultades de Ciencias Económicas y Empresariales, tal y como fue instituido hace más de sesenta años, al inaugurarse la primera Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, en la Universidad Central, de Madrid. Seguramente influyó en dicha decisión de acogerse al patrocinio de San Vicente Ferrer los sobresalientes méritos políticos del Santo, particularmente su intervención decisiva en el llamado Compromiso de Caspe, en 1412, por el que quedó resuelta la sucesión a la Corona de Aragón en la dinastía de los Trastámara, lo cual, a su vez, puede entenderse como un importante antecedente de la unión de las Coronas de Castilla y de Aragón, ocurrida al cabo de varias décadas. De esta manera, los catedráticos de disciplinas próximas a la Ciencia Política encontraron en un Santo de origen valenciano, aunque de dimensión europea, y con indiscutibles capacidades de intermediación y de persuasión, al Patrono idóneo para invocar la protección de los profesores y estudiantes españoles de estas materias. Hay otra interpretación, no alternativa a la anterior, que explica la elección de San Vicente Ferrer como Patrono de las Facultades de Ciencias Políticas y Económicas por la circunstancia de ser también el Santo Patrón de Valencia, como valencianos eran algunos de los catedráticos de Economía más influyentes de la época en que fue creado aquella Facultad, desde Manuel de Torres a José Castañeda.

El compromiso de Caspe tuvo efecto siete años antes de la muerte del Santo, ocurrida en la ciudad bretona de Vannes, en plena guerra de los Cien Años, que entonces se dirimía en aquella región, y en cuya resolución San Vicente Ferrer mostró gran empeño. San Vicente Ferrer es recordado como extraordinario predicador en muchas ciudades europeas, pero en sus primeros años de vida religiosa en la Orden dominica –hacia la cual los economistas españoles

tenemos un deber especial de gratitud científica–, fue profesor universitario en Lérida y Barcelona, y ha dejado obras como *De suppositionibus logicis* y *De unitate universalis*, junto a una recopilación de sermones escritos en su lengua materna. Los economistas, además de los politólogos, reconocemos algunos rasgos familiares en la biografía de San Vicente Ferrer. Uno de ellos es su propio nacimiento, en medio de una terrible crisis económica y poblacional, la del siglo XIV –que debió estimular, siglos después, la original y fecunda inteligencia de Robert Thomas Malthus–, y que acababa de asolar Valencia poco antes de que nuestro Santo viera la luz en 1350. Otra circunstancia de su vida que los científicos sociales apreciarán, sin duda, es el hecho de poner su racionalidad al servicio de la superación de conflictos sociales, políticos y dinásticos como el mencionado Compromiso de Caspe, y también religiosos como el Cisma de Aviñón, en cuya resolución definitiva tuvo San Vicente Ferrer una responsabilidad destacada. La vida de este Santo debe ser interpretada, no sólo en clave sobrenatural por parte de los cristianos, sino también a la luz de su tiempo, como un hombre que se vio envuelto en los enfrentamientos y pasiones del fin de la Edad Media, y que hizo un esfuerzo extraordinario por poner sus valiosos dones al servicio de sus semejantes en una Europa atormentada. Por ello, en esta época que nos ha tocado vivir, de crisis para la economía mundial, de graves problemas para la sociedad española y de cambios profundos para nuestra Universidad, para la nuestra en concreto, y para todas las europeas, quizá no sea ocioso que los economistas dirijamos nuestra oración y nuestro pensamiento al Patrono San Vicente Ferrer.

Esta es la segunda vez que la Facultad de Economía y Administración y Dirección de Empresas me hace el honor de confiarme la lección magistral del día de San Vicente Ferrer. En esta ocasión, el Decano me sugirió hablar de los economistas y de la Historia. No es liviana tarea y, mucho menos, cuestión fácil de acotar. Tanto la Historia con mayúsculas, el análisis racional de hechos seleccionados del pasado, como la historia de cada día, el tiempo en que vivimos y pertenecemos, y al que prestamos nuestra identidad, tienen mucho que ver con la Economía. Joseph A. Schumpeter, como es sabido, dijo que la historia económica es una de las grandes ramas –junto con la teoría y la estadística– de la ciencia económica. Pero no quiero referirme sólo a la historia económica, aunque lo haré, como es natural, puesto que esta es precisamente mi profesión. En esta lección quisiera referirme, sobre todo, a la razón por la cual los economistas, en el pasado y en el presente, han creído necesario dotarse de conocimientos históricos y qué resultados ha proporcionado a lo largo del tiempo, dicha preocupación.

1. La Historia como medio de conocer el presente

La primera forma de relacionarse los profesionales de la Economía con la Historia es la de aquellos que se interesan por el pasado y, de forma espontánea, fuera de cualquier relación disciplinar, se aproximan a una obra que les proporciona una interpretación del objeto de su interés. Sé de un catedrático de Macroeconomía, con muy relevantes responsabilidades en la política monetaria, que dedicó varias de sus vacaciones a leer los ocho volúmenes de la *Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano*, de Edward Gibbon, en su edición española de 1847. Hay economistas especializados en cuestiones financieras que muestran singular interés en los *Principios de la Ciencia Nueva*, de Giambattista Vico, una obra que suscita hoy lo que, sin duda, es renovada afición por la Filosofía de la Historia. Un colega nuestro, el profesor Francisco Cabrillo, de la Universidad Complutense, relata cómo Franklin Knight, uno de los grandes economistas de Chicago, en un viaje por mar que emprendió en 1947, desde Estados Unidos a Europa, con el fin de participar en la fundación de lo que sería la Mont Pelerin Society, aprovechó la travesía para leer a Jacob Burckhardt, tal vez su *Historia de la Cultura del Renacimiento en Italia*. Y otro gran economista de Chicago, Robert S. Thomas, recuerda en su nota autobiográfica, publicada por la Fundación Nobel, que uno de los libros que más le impresionó en sus años universitarios fue la *Historia Económica y Social de la Edad Media*, del belga Henri Pirenne.

¿Qué tienen en común estos ejemplos? Que hay distinguidos profesionales de la Economía, maestros de esta ciencia, en el más justo sentido de la palabra, que dedican sus ratos de ocio a leer obras de contenido histórico, no precisamente divulgativas o de ameno contenido. Pero ello no es privativo de los economistas. También hay grandes físicos y matemáticos, médicos o ingenieros que sienten un interés similar por adentrarse en las grandes reconstrucciones del pasado. Entonces, ¿qué caracteriza, si es que algo lo hace, la atracción de muchos economistas por la historia? Si nos fijamos en el ejemplo que expuse antes, los historiadores que esos economistas eligieron, Pirenne, Burckhardt, Gibbon y otros muchos más que se podrían citar, se preocuparon por explicar las raíces y el desencadenamiento de grandes cambios sociales, de las alteraciones profundas y generales de los paradigmas científicos y culturales, del tránsito de una forma a otra de entender el Estado y las relaciones entre los individuos y aquellos que ocupan el poder. Ocurre que la economía tiene, entre sus principales fines, el análisis de las modificaciones que acontecen en la organización productiva y distributiva y en los niveles de vida de las sociedades.

La historia, y la historia económica también, es un flujo continuo de vida y de hechos que se interrelacionan; pero ciertamente el científico social trata de identificar aquellos momentos en que se pueden situar los grandes cambios a largo plazo en la economía, la política, la ciencia, la cultura y los valores predominantes en la sociedad.

Pero hay algo más. El economista, como el resto de sus semejantes, es un ser social; no sólo porque el objeto de su trabajo sea la sociedad, entendida en su sentido más amplio, sino porque todos los seres humanos lo son. Cuando una persona llega a cierta madurez, empieza a saber de la existencia de fantasmas familiares, cuya existencia desconocía porque estaban agazapados en el tiempo pasado, pero en un determinado momento surgen –sin saber muy bien cómo ni por qué– y se muestran a la luz del ahora. Se trata de fantasmas colectivos, propios del grupo humano al que esa persona pertenece, y aunque acucian al presente, su procedencia puede tener varios siglos. Ortega y Gasset, en su ensayo de 1935 titulado *Historia como sistema* afirmaba que la historia resulta imprescindible para comprender la realidad humana, incluso la más radical, la del *yo*, que no se puede percibir sin el *tú*, como tampoco el *tú* y el *yo* actuales se entienden sin el *tú* y el *yo* anteriores¹. Así ocurre que no sabemos ni podemos, en muchas ocasiones, contentarnos con el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, como individuos y como sociedad –españoles y europeos de comienzos del siglo XXI– sin saber lo que fuimos hace una, dos o veinte generaciones. Y esto ocurre, en primer lugar, porque muchos de los problemas actuales de la sociedad tienen orígenes en el pasado, de modo que, para resolverlos, y para comprender mejor su naturaleza, creemos necesario el análisis de su desenvolvimiento histórico. Hay innumerables ejemplos, como el descubrimiento y posterior dominio de América por parte de España, hasta el siglo XIX, o la persistencia del esclavismo en Estados Unidos hasta mediados de la misma centuria, o la colonización de extensas zonas de Asia y África por los europeos en épocas posteriores. Un caso claro y próximo a nosotros es la historia de la Segunda República Española, y de lo que siguió a continuación, es decir, la Guerra Civil de 1936 a 1939, y la larga posguerra. Pocas cuestiones como esta, entre las que nos llegan del pasado común, gravitan de forma tan notoria sobre nuestro presente. Hoy se sigue debatiendo sobre la personalidad y el comportamiento de los gobernantes de la República o de la dictadura de Franco, sobre lo aprovechable o rechazable, en la actualidad, de la organización social de los años treinta, y sobre la continuidad o

¹ José Ortega y Gasset, *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*, Madrid, Alianza, 1999 (la primera edición en inglés, de 1935).

ruptura entre la sociedad presente y la de hace seis o siete décadas, y parece que así seguirá ocurriendo hasta que generaciones más jóvenes que la actual releguen esta cuestión de modo definitivo a los anaqueles académicos. En el campo de la economía, hay una antigua interpretación admitida por muchos, según la cual el estallido de la Guerra Civil, y de la violencia revolucionaria que se vivió en muchas zonas bajo la autoridad nominal de la República, se debió primeramente al atraso económico de España y a la desigualdad entre los españoles en la distribución de la riqueza y la renta. Prueba de que la cuestión llama la atención de los historiadores de la economía es que surgen nuevas aportaciones y nuevos análisis sobre esta interpretación, como una reciente del historiador Leandro Prados de la Escosura. Este autor, tras llevar a cabo un meticuloso estudio cuantitativo, concluye que el Producto Interior Bruto por habitante de España aumentó de forma clara en la década que precedió a la proclamación de la Segunda República, y además sostiene que no se confirma un aumento de la desigualdad en la distribución de la renta, entre 1923 y 1935; en todo caso, dichos datos parecen apuntar a lo contrario. Es preciso subrayar que este investigador no se ocupa sólo de la Guerra Civil o de sus antecedentes, sino de la economía española contemporánea, observada a largo plazo, entre 1850 y 2000, y que son muy diversas y renovadoras sus reinterpretaciones de la evolución económica a lo largo de dicho período, pero evidentemente no ha creído conveniente soslayar las cuestiones más candentes inscritas en aquel tiempo².

Hay muchos otros problemas del pasado que, en cierto modo, seguimos viviendo hoy, por la sencilla razón de que no se han resuelto de modo definitivo; así la relación entre el Estado y las comunidades españolas que se organizan como autonomías casi federales, y cuya causación se remite a dos o tres siglos atrás. Se trata de una cuestión muy compleja, con dimensiones cultural, jurídica, política e incluso bélica. Y también una dimensión económica muy importante, que nos remite a la política fiscal y financiera –entre otras muchas– que ha de aplicarse ahora o en un futuro próximo. Tales cuestiones afectan a todos los españoles de comienzos del siglo XXI, y los historiadores de la economía hacen lo mismo que los historiadores de la cultura o de la política; dirigen su interés científico a la averiguación de los interrogantes que llegan del pasado y, en un momento dado, nos apremian, puesto que sus consecuencias –por más que algunos o muchos se desinteresen– serán sensibles para todos.

² Leandro Prados de la Escosura, *El progreso económico de España, 1850-2000*, Madrid, Fundación BBVA, 2003; “Inequality, poverty and the Kuznets curve in Spain, 1850-2000”, *European Review of Economic History*, 12 (2008), pp. 287-324.

Esto no sólo ocurre en España. La propia existencia de la historia económica, que nació como disciplina autónoma en Inglaterra hacia 1880, se relaciona estrechamente con el planteamiento de un problema que agobiaba la conciencia de muchos británicos a finales del siglo XIX. A partir de 1880, hubo autores (como Arnold Toynbee, en cuyo libro *Lectures on Industrial Revolution of the Eighteenth Century in England* se acuñó precisamente el término “revolución industrial”) que se preguntaron –desde su perspectiva de científicos sociales– cómo era la sociedad a la que pertenecían, cómo había evolucionado a lo largo del tiempo y qué consecuencias había tenido su transformación económica para los propios ingleses. Antes incluso de que surgiera esta preocupación científica, ya a fines de los años treinta del mismo siglo, resulta conocido el impacto que sobre la conciencia de muchos ingleses provocó la novela *Oliver Twist*, de Charles Dickens, al describir con tintes sombríos el trabajo de los niños en la industria y las condiciones de vida de las capas ínfimas de la sociedad urbana³. En 1845 Friedrich Engels, en su libro *La situación de la clase trabajadora británica*, afirmó la pérdida de bienestar de los obreros de aquella nación, y veinte años después, en *El Capital*, Marx expuso su tesis sobre el proceso de depauperación progresiva de los asalariados en las economías industriales y, en el caso concreto de Inglaterra, también agrícolas, al menos desde el siglo XVIII. Hubo antes otros autores clásicos con enfoques muy diferentes, como Malthus o John Stuart Mill, en los que es fácil encontrar cuestiones como la distribución de los beneficios y la evolución de los salarios reales en las sociedades contemporáneas. A partir de las décadas centrales del siglo XIX, la conciencia de creciente poder y riqueza de las clases altas de la sociedad británica, *pari passu* con el proceso de industrialización y progresiva influencia financiera, mercantil y política de Gran Bretaña, hizo que se pusieran en cuestión los costes sociales de aquel esplendor. Un buen número de políticos, economistas, profesionales y ciudadanos de todas clases debatió, entre 1880 y 1900, si la transformación industrial de la sociedad inglesa, ocurrida a partir de 1750, no había empeorado, en realidad, la situación de las clases trabajadoras, convirtiendo a los artesanos y campesinos en proletarios, abocados a un trabajo degradante y a una vida corta, insalubre y moralmente reprochable. La polémica no se resolvió en aquella época, sino que ha venido reproduciéndose de forma recurrente hasta nuestros días, dando como resultado un conjunto de excelentes trabajos en torno a la producción y el bienestar de la economía británica contemporánea. Hoy se percibe un consenso, entre la mayor parte de los especialistas. Gracias, sobre todo, a esfuerzos de reconstrucción

³ Pedro Schwartz es un autor de un sugerente ensayo sobre el *Oliver Twist* de Charles Dickens y la Historia social de la revolución industrial en la Inglaterra victoriana, en Luis Perdices y Manuel Santos Redondo (coords.), *Economía y Literatura*, Madrid, Instituto de España y Comunidad de Madrid, 2006.

estadística, como el impresionante de Charles Feinstein en sus trabajos sobre Renta, Gasto y Producto Nacional de Gran Bretaña, se ha progresado con solidez en el conocimiento de muchas cuestiones económicas del pasado reciente. Así, casi todos los historiadores de la economía, en la actualidad, afirman que el nivel de vida de los trabajadores británicos mejoró sustancialmente a partir de 1840, con incrementos relativamente rápidos de sus salarios reales a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Otra cosa distinta serían los niveles de vida de las clases trabajadoras en la primera fase de la Revolución Industrial, entre 1760 y 1840, sobre lo que no hay una respuesta común, aunque las investigaciones más recientes apuntan a una mejora lenta de los salarios reales, compatible con la existencia de paro estacional, hacinamiento en las viviendas de los barrios obreros y deterioro medioambiental⁴.

Uno de los ángulos más atrayentes de la Historia, desde el cual enjuiciar, no sólo el pasado, sino también el presente, es el biográfico. Casi podría aventurarse que, en esta especialidad, frecuentemente se establece un diálogo interactivo entre el historiador y la realidad pretérita. En el mundo anglosajón, sobre todo, pero también en otros países como Francia e Italia, las biografías de personajes eminentes en el mundo político, literario, artístico, científico o empresarial constituyen, en muchas ocasiones, auténticas obras maestras y gozan de un amplísimo eco entre los lectores y en toda la sociedad, como lo demuestran las elevadísimas tiradas editoriales de esta clase de libros. Baste con recordar un caso reciente: el indiscutible éxito de la historia de los Rothschild, de Niall Ferguson⁵. En España hay también muy buenas biografías, aunque debería ser esta una especialidad más frecuentada por los historiadores, incluyendo a los historiadores económicos. Tenemos, por ejemplo, buenas biografías de algunos Ministros de Hacienda, o de responsables de la política económica, como la de Campomanes, de Concepción de Castro, la de Francisco Cambó, de Jesús Pabón, o la de José Calvo-Sotelo, de nuestro Rector, Alfonso Bullón de Mendoza, a quien ahora

⁴ Thomas S. Ashton, "The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830", en Friedrich A. Hayek (ed.), *Capitalism and the Historians*, Chicago, Chicago University Press, 1954; Charles H. Feinstein, *Income, Expenditure and Output of the United Kingdom, 1855-1965*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972; R. M. Hartwell, "Good Old Economic History", *The Journal of Economic History*, XXIII, I (1973), pp. 28-40; Peter H. Lindert y Jeffrey G. Williamson, "English Worker's Living Standard During the Industrial Revolution: A New Look", *The Economic History Review*, 36 (1983), pp. 1-25; Jeffrey G. Williamson, *Did British Capitalism Breed Inequality?*, Boston, Allen and Unwin, 1985; Nicholas F. R. Crafts, *British Economic Growth During the Industrial Revolution*, Oxford University Press, 1985; Nicholas F. R. Crafts y Knick Harley, "Output Growth and the British Industrial Revolution. A Restatement of the Crafts-Harley View", *The Economic History Review*, 45 (1992), pp. 703-730.

⁵ *The World's Bankers. The History of the House of Rothschild*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1998.

mismo pido excusas por herir su modestia con esta mención⁶. Con las biografías suelen ocurrir dos cuestiones muy singulares. Una es la repetida mimesis del biógrafo con la personalidad del biografiado, hasta convertirse en un defensor de su ejecutoria, antes que un testigo riguroso y ponderado de la realidad. La otra es la visión refleja del pasado, a partir de los criterios del presente. Si hoy, por ejemplo, un determinado historiador está en contra de los neoconservadores –en realidad, de los conservadores españoles del presente, puesto que los neocon son un fenómeno característico de la vida política norteamericana–, tal vez conciba aproximarse a Cánovas del Castillo, viendo en él, sobre todo, al progenitor del moderno conservadurismo en la España contemporánea; el mismo Cánovas que antes pudo ser identificado como uno de los arquetipos de la transición a la democracia, como un adelantado de del cristianismo de preocupación social, o como un nacionalista precursor de la política económica autárquica⁷.

Hay otros casos evidentes de visiones plurales, y encontradas entre sí, de personajes ilustres del pasado, como es el caso de Gaspar Melchor Jovellanos, reivindicado, en un momento u otro de la historia por observadores que simpatizan con el liberalismo revolucionario, con el conservadurismo ultramontano e incluso por partidarios del materialismo histórico, y también –lo que no deja de resultar paradójico– execrado por otros autores que comparten unas u otras de las mencionadas perspectivas ideológicas⁸. El hecho descrito, en sí mismo, no debe extrañar, puesto que nadie, por más que quiera, puede escapar a las influencias de su tiempo, de modo que la contaminación valorativa constituye un atributo inherente al oficio de historiador. Además, un buen profesional no confiará nunca el éxito de su trabajo al recurso de la ideología, sino que cuidará la reconstrucción fidedigna de los hechos y de las

⁶ Concepción de Castro, *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado ilustrado*, Madrid, Alianza, 1996; Jesús Pabón, *Cambó*, 3 vols., Alpha, 1952-1969; Alfonso Bullón de Mendoza, *José Calvo Sotelo*, Barcelona, Ariel, 2004. Debe también mencionarse, a este respecto, la serie de tres volúmenes: Enrique Fuentes Quintana (y otros), *La Hacienda en sus ministros. Franquismo y democracia*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997; Francisco Comín (y otros), *La Hacienda desde sus ministros. Del 98 a la Guerra Civil*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000; Francisco Comín (y otros), *La Hacienda por sus ministros. La etapa liberal de 1845 a 1899*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006.

⁷ Sobre José Cánovas del Castillo la bibliografía es copiosa, incluyendo sus obras completas y la edición de diversas obras colectivas, resultantes de congresos y ciclos de conferencias celebrados con motivo del primer centenario de su muerte. Desde un punto de vista estrictamente biográfico –estudio monográfico de carácter general sobre la vida y obras de un personaje histórico– entre las obras más conocidas se cuentan las siguientes: Antonio María Fabié, *Canóvas del Castillo: su juventud, su edad madura, su vejez*, 2ª ed., Barcelona, Gustavo Gili, 1928; Melchor Fernández Almagro, *Canóvas. Su vida y su política*, 2ª ed., Madrid, Tebas, 1972, y José Luis Comellas, *Canóvas del Castillo*, Barcelona, Ariel, 1997.

⁸ Sobre la bibliografía acerca de Jovellanos puede predicarse lo mismo que de la de Cánovas, de un modo aún más acentuado. Como síntesis biográfica, debe citarse: Javier Varela, Jovellanos, Madrid, Alianza, 1988. Sobre las ideas económicas de Jovellanos, puede consultarse Gaspar Melchor de Jovellanos, *Escritos económicos* (edición de Vicent Llobart), Clásicos del pensamiento económico, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2000.

ideas de los personajes, además de la interpretación inteligente de los problemas que plantean. Los lectores de estos libros deberán tomar en consideración este hecho y contrastar la interpretación de un biógrafo o de un historiador con la de otros profesionales que se ocupen de las mismas personas y hechos. Sin embargo, cosa distinta –y rechazable desde el punto de vista científico– es la posición previa de un historiador ante una figura del pasado, de la que procura deliberadamente suscitar una reacción de rechazo, de admiración o de escándalo, mediante la acentuación de determinadas circunstancias y atributos personales⁹.

2. La Historia como objeto de reflexión para los economistas

El tiempo pasado ha sido un recurso utilizado con frecuencia por parte de los economistas, pertenecientes a enfoques y escuelas muy diversas, tanto en el pasado como en el presente. La historia proporciona un caudal vivísimo de fenómenos sociales que caen de lleno en el terreno científico de la economía, cuyos objetos preferentes han sido y son el análisis del bienestar de los individuos, el estudio del comportamiento de las empresas y el desentrañamiento de las

⁹ Un caso reciente de estudio biográfico sesgado por el enfoque sensacionalista que le imprime su autor es el libro de Liaquat Ahamed, *Lords of Finance. The Bankers Who Broke the World* (London, Penguin, 2008). El libro, de enorme éxito editorial, muy bien documentado a partir de fuentes impresas, y escrito de forma atractiva y clara, consiste en un relato de la relación existente entre los cuatro gobernadores de los principales bancos centrales del mundo en los años veinte del siglo XX, justamente en vísperas del crack de 1929, y en los años inmediatamente posteriores: Benjamin Strong, del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, Montagu Norman, del Banco de Inglaterra, Hjalmar Schacht, del Reichbank alemán, y Émile Moreau, del Banco de Francia. El mensaje que subyace en este libro es el del inmenso poder concentrado por cuatro plutócratas, cuyo empeño en restaurar el patrón oro, tras la Primera Guerra Mundial, llevó a la ruina al mundo entero. El problema habría estado agravado por el hecho de que, tras la apariencia de aquellos personajes, había un enfermo terminal, casi incapacitado para ocuparse de los negocios monetarios, un funcionario de estrechas miras, menospreciado por sus elitistas colegas, un snob extravagante al borde de la demencia, y por si fuera poco, un futuro colaborador de Hitler, que llegaría a ser juzgado por el tribunal de Nuremberg. Creo que la visión que se ofrece, en este libro, de aquel capítulo de la historia monetaria es el reflejo de la realidad en un espejo deformante. Hay importantes circunstancias que se soslayan o cuya trascendencia se minimiza: Por ejemplo, los intentos, felizmente logrados en varias ocasiones, por parte de aquellos bancos centrales, de cooperar en la estabilidad del sistema monetario mundial, como lo demuestra la creación del Banco Internacional de Pagos, de Basilea, en 1930, o el asesoramiento a Bancos centrales de países europeos relativamente atrasados, como España. O el hecho de que Norman, zaherido repetidas veces por la mordacidad de Keynes –quien colaboró repetidas veces con él– continuará como gobernador del Banco de Inglaterra, una vez que la libra esterlina abandonó el patrón oro en 1931, hasta 1944, en una gestión, por lo común, elogiada. O la apreciación de un economista solvente como Charles Kindleberger –en su libro *The World in Depression*–, de que, si Benjamín Strong hubiera estado al frente de la reserva Federal en 1929 (murió un año antes), la crisis financiera de Nueva York quizá habría sido menos grave. Y, sobre todo, la inexistencia, en 1919 o 1929, de una alternativa real al patrón oro. De hecho, la desaparición de este sistema, a comienzos de los años treinta, fue una de las causas más claras del reforzamiento del nacionalismo económico y político antes de la Segunda Guerra Mundial.

claves del progreso material de las naciones. Mucho antes de que Marx expusiese su visión de la economía y de la historia en clave materialista, Adam Smith –en el libro tercero de *La Riqueza de las Naciones*– elaboró una admirable síntesis sobre la diferente evolución de las sociedades europeas, desde la época del esclavismo hasta la época mercantil. Trataba de demostrar que el mercado, nacido del impulso natural del ser humano al intercambio, había sido uno de los agentes del progreso social y económico. Sin duda, el caso más paradigmático de simbiosis entre ciencia económica y conocimiento histórico, con posterioridad a Adam Smith y a Marx, fue el de la Escuela Histórica alemana, de gran predicamento en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX y de los primeros decenios del XX, incluso en el mundo anglosajón, aunque la influencia de los clásicos y marginalistas acabaran anulando la influencia intelectual del historicismo. Como es sabido, los individuos de esta escuela –Hildebrand, Roscher, Knies, List y Schmoller– practicaban la vía inductiva de conocimiento social, gracias al cultivo de la historia nacional y local, y de la estadística, de modo que negaban las regularidades de comportamiento económico válidas para cualquier lugar y tiempo, deducidas lógicamente de unas determinadas hipótesis, como por ejemplo, había hecho David Ricardo a comienzos del siglo XIX. En los últimos decenios de dicha centuria hubo una aguzada polémica entre los historicistas alemanes, encabezados por Schmoller, y los economistas austriacos, partidarios del marginalismo, cuya cabeza indiscutible era Carl Menger, creador de la escuela de Viena, y que defendía la universalidad de las explicaciones económicas obtenidas gracias al análisis lógico-deductivo, a partir de axiomas extraídos de la observación de la realidad. Acabó triunfando esta última tendencia. Sin embargo, muchos economistas que eligieron la vía lógico-deductiva, e incluso la expresión matemática, para interpretar los mercados, la actuación de las empresas y la composición de la demanda de bienes y servicios, tomaron en consideración, dentro de su trabajo, la explicación histórica.

El más distinguido de estos economistas que compaginaron abstracción y afición a la historia, a finales del siglo XIX y comienzos del XX –es decir, la época de vigencia del historicismo en Alemania– fue Alfred Marshall¹⁰. En 1890 publicó la primera edición de su obra principal, *Principios de Economía*, con dos capítulos sobre el crecimiento de la libre empresa y la industria, que en ediciones posteriores pasaron a convertirse en un apéndice o nota de contenido histórico¹¹.

¹⁰ Una versión primera del contenido de este epígrafe se publicó como artículo: Pedro Tedde, “La historia económica y los economistas”, *Papeles de economía española*, 20 (1984), pp. 362-381.

¹¹ Alfred Marshall, *Principles of Economics*, edición de W. Guilleband, 2 vols., London, Macmillan, 1961, “Notes”, vol. 2º, pp. 735-750.

La evolución económica era interpretada a partir de unos impulsos primarios como la acción individual y la naturaleza física, desde la Grecia clásica y Roma hasta la Inglaterra contemporánea. Pero, en su comprensión del cambio histórico, Marshall introducía las variaciones de los mercados de factores productivos y de bienes y servicios finales; es decir, trataba de aplicar a realidades social y temporalmente distintas los principios de una lógica económica universal. Por ejemplo, si tras la crisis del siglo XIV, la oferta de trabajo había disminuido por la terrible caída de la población, la situación material de los supervivientes seguramente mejoró, tanto desde el punto de vista de los salarios como de la renta de la tierra. En épocas posteriores, el crecimiento de la productividad y la variación de los salarios pudieron llevar, según Marshall, a la aparición de la libre empresa en el medio rural inglés. Marshall nos muestra, en definitiva, que el campo histórico ofrece una visión amplia para observar el comportamiento de los sujetos económicos y calibrar la verosimilitud de las explicaciones teóricas. Para Marshall la historia era un elemento importante, pero, al revés que los historicistas, no representaba una alternativa al análisis lógico-deductivo.

Casi medio siglo después, otro gran economista, perteneciente, en este caso, a la escuela de Viena, Joseph Aloysius Schumpeter, que elaboraría, al final de su vida, una monumental *Historia del Análisis Económico*, hizo también una gran contribución a la historia económica. Me refiero a *Business Cycles*, libro de 1939 recientemente traducido al español con el título de *Ciclos económicos*. Esta obra consiste en un esforzado trabajo de explicación de la naturaleza y funcionamiento del sistema capitalista, y contiene una sugestiva versión de la historia económica contemporánea de Gran Bretaña y Estados Unidos, desde finales del siglo XVIII, escrita bajo la preocupación derivada de la recesión económica empezada con la crisis bursátil de 1929 en Nueva York, y extendida al resto del mundo durante los diez años siguientes¹². El economista austriaco había ya abordado en trabajos analíticos, a lo largo de los años veinte, la cuestión de los ciclos económicos y la inestabilidad del capitalismo. En *Business Cycles*, Schumpeter trata de desentrañar el paso desde las situaciones de equilibrio a las de inestabilidad, causadas por perturbaciones de efecto temporal mayor o menor, y para ello elige variables estratégicas como la innovación tecnológica, la acción de los empresarios –para este autor, la clave del cambio–, el dinero y la banca. Pero, además de aislar dichos componentes de la coyuntura económica, Schumpeter se adentró en la averiguación de la mecánica de los ciclos, sus

¹² Joseph A. Schumpeter, *Business Cycles. A theoretical, historical and statistical analysis of the capitalist process*, 2 vols., New York, McGraw Hill, 1939.

origen y su duración. Las explicaciones teóricas, en el primer volumen van acompañadas por un estudio minucioso de la producción, gasto, renta y salarios, precios y tipos de interés, cerrándose el segundo volumen con una narración acerca de los antecedentes y el desenvolvimiento de la crisis de 1929, así como de las políticas de recuperación seguidas en Estados Unidos y Alemania durante la década de los treinta.

En los anteriores casos, puede interpretarse que los economistas han acudido a la historia como observatorio de la realidad social, cuando esta se transforma a lo largo del tiempo. Entiéndase que esta realidad, para el economista, no es sólo un venero de datos estadísticos de naturaleza histórica –que muchas veces escasean, o adolecen de defectos que precisan un proceso de depuración–, sino un vasto escenario en el que se desenvuelven dramas que involucran a la entera sociedad: procesos de prosperidad o de decadencia, crisis poblacionales, quiebras financieras a gran escala, movimientos acumulativos de precios en sentido inflacionario o deflacionario, revalorizaciones o devaluaciones monetarias, y otros muchos. Hemos visto cómo Marshall y Schumpeter se valieron de estos dramas colectivos para explicar las transformaciones históricas en las economías europeas, mostrando los ajustes de los mercados a largo plazo –en el caso del primero–, y la evolución del capitalismo industrial y financiero, en el segundo. Sería, desde luego, una omisión imperdonable, al hablar del recurso de los economistas a la historia y al estudio de las fluctuaciones económicas, silenciar la gran obra de Milton Friedman, y de su colaboradora Anna J. Schwartz, *Historia Monetaria de los Estados Unidos, 1867-1960*, cuya repercusión ha sido literalmente excepcional, y a la que volveré a referirme al final de esta intervención. Ahora quisiera sólo poner en evidencia algunos rasgos generales de su trabajo¹³. Uno de ellos, sin duda, es la óptica monotemática de los autores, que todo lo interpretan bajo la clave de ajuste, o desajuste, entre variables monetarias. Ciertamente los críticos han atacado este intento de sujetar la realidad histórica al arnés teórico de sus autores, pero con la perspectiva que da el tiempo, puede afirmarse que pocas obras han resultado más lúcidas que esta de Friedman y Schwartz, a la hora de explicar el proceso de preparación de la crisis depresiva de los años treinta del siglo XX, su desenvolvimiento y manifestaciones, y sus derivaciones; y pocas obras como esta se han manifestado tan fecundas, en el sentido de inspirar centenares de trabajos de historia económica durante los últimos treinta años.

¹³ Milton Friedman y Anna J. Schwartz, *A Monetary History of the United States, 1868-1960*, New York, Princeton University Press for the National Bureau of Economic Research, 1963.

Otra de las tradicionales vías de comprensión histórica por parte de los economistas ha sido la de explicar el progreso y la evolución material de la Humanidad, a lo largo de los siglos, mediante el recurso a la división del tiempo en grandes etapas o fases, diferenciadas unas de otras por determinadas características económicas, como la organización de la producción o de la distribución, los avances científicos y tecnológicos, o el comportamiento de la población. Hemos visto algunos ilustres ejemplos de este tipo de argumentación histórico-económica en el siglo XIX que, preciso es decirlo, adoptaron este método de división de la historia en grandes etapas de la filosofía de la historia. Pero también ha habido, entre los economistas del siglo XX, algunos ejemplos destacados de esta clase de trabajos. Uno de ellos, quizá el más conocido y polémico es la obra *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista* (1960), de Walter W. Rostow, que concitó críticas acerbas de jóvenes historiadores económicos –como Robert W. Fogel, quienes cuestionaron algunos de los axiomas contenidos en el libro–, de especialistas en metodología, que rechazaron la verosimilitud y la operatividad del procedimiento utilizado por el autor, y de gran parte de la opinión universitaria de izquierdas, para la cual la intención combativa del texto anulaba su interés científico¹⁴. Es preciso añadir que Rostow, además de esta obra, es autor de otros muchos libros, algunos de los cuales son considerados aportaciones muy importantes a la historia económica del crecimiento económico moderno, y en particular del británico¹⁵.

Dada la considerable polémica que siguió a la publicación del mencionado libro de Rostow, a muchos resultó sorprendente que, unos años después, Sir John Hicks, uno de los economistas teóricos más indiscutidos, procedente de la escuela del equilibrio general y de la síntesis neoclásica, decidiera escribir, en plena madurez científica, *Una teoría de la Historia Económica*, editado por primera vez en 1969, que recurría, al menos parcialmente, al método de las grandes fases históricas¹⁶. En efecto, Hicks se propone en este libro abstraer unas

¹⁴ Walter W. Rostow, *The Stages of Economic Development. A no-Communist Maniphesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960 (traducción española, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963).

¹⁵ Walter W. Rostow, *British Economy of the Nineteenth Century*, Oxford, Clarendon Press, 1948; (junto con Arthur D. Gayer, Anna J. Schwartz e Isaiah Frank), *The Growth and Fluctuation of the British Economy, 1790-1850. A Historical, Statistical and Theoretical Study of the Britain's Economic Development*, 2ª edición, 2 vols, New York, Barnes and Noble, 1975; *How All It Began. The Origins of the Modern Economy*, New York, McGraw Hill, 1975; *The World Economy History and Prospect*, Austin, University of Texas, 1981 (traducción española, *Economía Mundial*, Barcelona, Reverté, 1983).

¹⁶ Sir John Hicks, *A Theory of Economic History*, Oxford, Oxford University Press, 1969 (traducción española, en edición acompañada por artículos de P. T. Bauer, Earl F. Beach, Alexander Gerschenkron y J. R. Hicks, *Una teoría de la Historia Económica*, Madrid, Aguilar, 1974).

determinadas etapas, dentro de la evolución de la Humanidad, sobre todo en el mundo occidental, desde la Grecia clásica hasta la época presente, poniendo en evidencia la vinculación existente entre los fenómenos económicos y los cambios sociales. Hicks niega cualquier tentación economicista; su propósito es la identificación de “las líneas que conectan la historia económica con las cosas que ordinariamente consideramos que caen fuera de ella(...) Hay hilos que van de la economía a otras ciencias sociales, a la política, a la religión, a la ciencia y a la tecnología, se desarrollan ahí y después vuelven a la economía”. Aunque no aparece en este autor asomo alguno de determinismo, piensa que la institución económica más influyente en el desenvolvimiento histórico de la Humanidad ha sido el mercado, y la actividad económica más importante, la extensión de dicha institución a todas las manifestaciones de la producción, la distribución y el consumo. Esta visión de Hicks, sobre la influencia destacada de la economía de mercado en el progreso social, llevó a Alexander Gerschenkron a titular irónicamente su reseña de este libro, en *The Economic History Review*, “Mercator gloriosus”, al modo de la conocida comedia de Plauto. La división de la historia en fases, sin embargo, no viene dictada, en el esquema de Hicks, tanto por el mercado –aunque este sea el *deus ex machina* del progreso material– como por el Estado, desde la ciudad-estado de la Antigüedad, a la que se deben legados tan preciosos como la ley y el dinero, al Estado posterior al feudalismo. Esta segunda fase coincidió, por un lado con el colonialismo, y por otro con la mercantilización de la agricultura y el trabajo. La revolución industrial significaría la culminación de esta fase. Le seguiría la etapa tercera y última, correspondiente a lo que Hicks llama el Estado administrativo, el que nace con la Primera Guerra Mundial, tanto en el occidente europeo como en la Rusia revolucionaria, sin olvidar los Estados nacionalistas y proteccionistas en la mayor parte de las antiguas colonias. Tras la publicación de *Una Teoría de la Historia Económica*, se criticó de modo condescendiente, que un científico social sutil y original como Sir John Hicks hubiera incurrido en un simplismo tan flagrante como esquematizar un proceso de trescientos siglos en unas pocas fases o transformaciones fundamentales. Esta es una de las críticas más consistentes que recibieron los sistemas de Marx o de los historicistas alemanes, con los cuales Hicks reconoce la existencia de influencias intelectuales. Pero hay que decir en su descargo que ciertamente toda visión histórica de carácter general –aun sin la heroica pretensión de elaborar una teoría de la historia– es por fuerza sintética; se reduce a unos límites y a unas direcciones precisas, cuando no preferentes.

3. La historia como instrumento para construir el futuro de las economías

Para muchos economistas, la búsqueda de evidencia en la historia –no siempre de datos estadísticos, sino también de políticas económicas practicadas– es un procedimiento obligado, a fin de comprobar la bondad o error de las propuestas de actuación concretas, además de un terreno apto para poner a prueba las explicaciones sugeridas sobre la evolución social. Ello resulta aplicable, tanto a la explicación del progreso económico a largo plazo, como a la resolución de graves problemas de carácter coyuntural o cíclico.

En los comienzos de la segunda mitad del siglo XX, el crecimiento económico se convirtió en el objeto preferente, tanto de la mayor parte de los economistas teóricos como de los historiadores económicos. Las raíces teóricas de dicha preferencia se alimentaban del nutriente keynesiano y la atmósfera política era la del optimismo que emanaba la sociedad de bienestar, tras la Segunda Guerra Mundial. Pero también había una razón de orden práctico; en muchos países en vías de modernización, o simplemente atrasados, se trataba de responder a la pregunta: ¿Cómo parecerse a los países más avanzados? ¿Cómo llegar a ser igual que ellos? Pero cabían también otras preguntas; por ejemplo, en las naciones del Mediterráneo septentrional, desde el punto de vista histórico, geográfico y cultural próximas a la Europa noroccidental, el interrogante que se hacían, en 1950 ó 1960, era el siguiente: ¿por qué nosotros no lo hemos conseguido? Puede afirmarse que la historia económica española contemporánea dio sus mejores furto –y si no los mejores, los más notorios– a partir de los últimos años sesenta del siglo XX, intentando responder a esas preguntas.

La cuantificación de las magnitudes históricas era una cuestión previa al debate sobre el crecimiento económico. La figura indiscutible que guió esta exploración fue Simon Kuznets, quien depuró, a lo largo de una serie de trabajos, la estimación del Producto Nacional de los Estados Unidos, en una serie histórica que se prolongaba hacia atrás, hasta 1869¹⁷. Otros autores prolongaron este esfuerzo retrospectivo en Estados Unidos, hasta la primera mitad del siglo XIX, y

¹⁷ Simon Kuznets, *National Product since 1869*, New York, National Bureau for Economic Research, 1946; "Long Term Changes in National Income in the United States of America since 1870", en International Association for Research in Income and Wealth, *Income and Wealth of the United States*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1952.

lo reprodujeron en otros países¹⁸. Naturalmente, a la vez que se disponía de datos históricos para el Producto, el Gasto y la Renta Nacional, se realizaron análisis sobre sus componentes, como el ahorro, el consumo y la inversión, y sobre otras magnitudes como población ocupada, producción sectorial, y productividad. La contrastación empírica de las hipótesis explicativas acerca del crecimiento económico, por medio de la aplicación de métodos estadísticos y econométricos, que se convirtió en habitual entre los profesionales de estas materias a partir de los años sesenta del siglo XX, tuvo su correlato histórico-económica en la corriente cliométrica, consagrada académicamente con la concesión del Premio Nobel de Economía, en 1994, a Robert W. Fogel y Douglass C. North¹⁹. La historia económica se ha ido aproximando cada vez más al análisis económico, hasta pretender, para una buena parte de sus seguidores, convertirse en economía aplicada al pasado, no sólo en Estados Unidos, sino en otros muchos países. Sin embargo, Robert Solow, en 1985, advirtió del riesgo de que los historiadores se dediquen a imitar la práctica de los economistas teóricos, siendo así que, en opinión de dicho autor, la economía, por su propia naturaleza, presenta serias dificultades para convertirse en una ciencia de las llamadas duras, como la física o la astronomía, basada en axiomas y desarrollada de acuerdo con hipótesis susceptibles de controlar y repetir en condiciones determinadas. Según Solow, el economista debe ocuparse en construir y contrastar modelos que expliquen el mundo económico actual –con las limitaciones que, como ciencia social, posee–, y los historiadores económicos deben verificar si las hipótesis explicativas que aquellos sustentan son realmente válidas para el pasado²⁰. La historia económica no debe identificarse con la cliometría, puesto que hay otros campos de la realidad, como la historia institucional o la historia de la política económica, que exceden al campo estricto del análisis económico cuantitativo. Pero, incluso desde este punto de vista, creo que es preciso recurrir a tales instrumentos para comprobar la verosimilitud de muchas afirmaciones –por ejemplo, determinadas

¹⁸ Sería inabarcable la tarea de mencionar la totalidad de trabajos de reconstrucción histórica de macro-magnitudes. Baste destacar, además de las obras arriba mencionadas de Charles Feinstein, para Gran Bretaña, y de Leandro Prados de la Escosura para España; *supra*, nn. 2 y 3, los nombres de tres economistas especializados en cálculo de magnitudes económicas para diversos países: Irving B. Kravis, Robert Summers y Alan W. Heston, gracias a los cuales hoy se dispone de una copiosa base de datos histórico-económicos.

¹⁹ El trabajo seguramente más emblemático, en el comienzo de la corriente cliométrica, fue el de Alfred H. Conrad y John R. Meyer, "Economic Theory, Statistical Inference and Economic History", *The Journal of Economic History*, XVII, 4 (1957). De los mismos autores, *The Economics of Slavery and Others Studies in Econometric History*, Chicago, Aldine, 1964. Una de las primeras visiones generales de la escuela en Estados Unidos fue la de Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *The Reinterpretation of the American Economic History*, New York, Harper and Row, 1971.

²⁰ Robert M. Solow, "Economic History and Economics", *The American Economic Review*, LXXV, 2 (1985), pp. 328-331 (reproducido y traducido en *Revista Asturiana de Economía*, 37 (2006), pp. 15-21.

interpretaciones de la historia fiscal o monetaria sobre una época concreta–, aunque no todas sean susceptibles de esa clase de pruebas²¹.

La colaboración, en realidad coincidencia, de economistas e historiadores económicos ha encontrado su ámbito más favorable en la medición del crecimiento económico y en la explicación de las causas de dicho fenómeno, o de su ausencia, en diferentes naciones o grupos de naciones. Se ha mencionado antes la gran influencia que tuvo Kuznets en esta clase de trabajos, a partir de los años cincuenta y sesenta. Asimismo resultó determinante en el desarrollo de dichos estudios, la evolución de la teoría económica del crecimiento, a partir de la obra de Robert Solow, quien situó el factor clave del desarrollo en el progreso técnico, capaz potencialmente de compensar la tendencia a los rendimientos decrecientes de la función de producción. Por otro lado, la difusión del conocimiento técnico se convertiría en un medio potente para reducir las desigualdades en los niveles de desarrollo²². La medición del residuo de Solow –la productividad total de los factores, es decir la parte del crecimiento económico que no puede atribuirse a los incrementos de capital y trabajo– es una cuestión que ha suscitado una amplia bibliografía, tanto por su importancia estratégica como por la heterogeneidad de su contenido. En el residuo de Solow influirían de modo positivo, además de la innovación tecnológica en sí misma, otros factores como la eliminación a las restricciones de la competencia o la destreza de los trabajadores; en sentido inverso, influirían de manera negativa todo tipo de restricciones impuestas a la movilización y libre contratación de los recursos productivos²³.

En las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX, los economistas del desarrollo centraron sus esfuerzos en la elaboración de estrategias para lograr el crecimiento económico, a partir de programas internacionales de ayuda financiera y tecnológica, especialmente en países de lo que entonces

²¹ Una reflexión muy interesante sobre los caminos abiertos, y los cerrados, a la cliometría es el hecho por Gabriel Tortella en su Introducción a Peter Temin, *La Nueva Historia Económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 9-24. También, del mismo autor, en “Los nuevos caminos de la Historia Económica”, *Claves de razón práctica*, 84 (1998), pp. 2-7.

²² Algunos de los trabajos más representativos de Solow, entre los que alumbraron su interpretación del crecimiento económico, son: “A Contribution to the Theory of the Economic Growth”, *Quarterly Journal of Economics*, 70 (1956), pp. 65-94, y “Technical Progress, Capital Formation and Economic Growth”, *The American Economic Review*, 52 (1962), pp. 72-86. La contribución histórico-económica probablemente más representativa, entre las inspiradas por la visión de Solow es: David S. Landes, *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1752 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969 (traducción al español, *Progreso Tecnológico y Revolución Industrial*, Madrid, Tecnos, 1979).

²³ Moses Abramovitz, “The Search for the Sources of Growth: Areas of Ignorance, Old and New”, *The Journal of Economic History*, LIII, 2 (1993), pp. 217-243.

se denominaba el Tercer Mundo, en el cual se contemplaban las naciones iberoamericanas, desde el Caribe al cono Sur, que llevaban más de un siglo como países independientes, además de las entonces recién descolonizadas Asia meridional y África. Las políticas económicas preconizadas no solían responder a los presupuestos clásicos, sino que –en pleno auge del paradigma keynesiano– solían basarse en la acción impulsora del sector público, mediante medidas discrecionales de carácter fiscal y monetario, y en ocasiones –fuera de toda ortodoxia económica de raigambre clásica– mediante una estrategia de carácter nacionalista, centrada en la industrialización para un mercado cerrado, con sustitución de importaciones. A dicho propósito respondían, entre otras, las tesis de Raúl Prebisch y Hans Singer, sobre el deterioro de la relación real de intercambio para los países en vías de desarrollo²⁴.

Prebisch –influyente Secretario general de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) durante muchos años– era partidario, frente a otros autores como Ragnar Nurkse, del llamado crecimiento desequilibrado, consistente en primar la industrialización de los países en vías de desarrollo, aun cuando la economía predominante fuera una agricultura dividida en un sector de subsistencia y baja productividad, y otro de producción para la exportación. Otros importantes economistas, como Albert O. Hirschman, Gunnar Myrdal o Arthur Lewis plantearon esta clase de estrategia, o al menos, mostraron su desconfianza en que la economía abierta pudiera aportar por sí sola recursos, a medio o largo plazo, para el crecimiento de los países mayoritariamente agrícolas en vías de desarrollo, mediante los efectos positivos de la especialización para el comercio internacional²⁵. El conjunto de políticas implementadas en muchas naciones iberoamericanas, desde los años cincuenta hasta mediados de los setenta, del siglo XX, bajo el apelativo común de “desarrollismo”, consistió en la compatibilidad de

²⁴ Raúl Prebisch, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961. Ciertamente, Prebisch fue uno de los más distinguidos, si no el más incisivo, defensores del cierre de los mercados iberoamericanos al comercio abierto, aunque no a la formación de un área de comercio regional, pero también defendió la apertura de los mercados mundiales a los productos procedentes de América Latina.

²⁵ Se cita sólo una obra representativa de cada uno de los siguientes economistas, todos ellos con amplia bibliografía: Ragnar Nurkse, *Problems of Capital Formation in Countries Under-developed*, Oxford, Blackwell, 1953 (traducción al español, *Problemas de formación de capital en países insuficientemente desarrollados*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955); Sir W. Arthur Lewis, *The Theory of Economic Development*, London, Allen and Unwin, 1955 (traducción al español, *Teoría del desarrollo económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968); Gunnar Myrdal, *Economic Theory and Underdeveloped Regions*, London, Gerald Duckworth, 1957 (traducción al español, *Teoría Económica y regiones subdesarrolladas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968); H. Mynt, “The ‘classical theory’ of international trade and the under-developed countries”, *Economic Journal*, 68 (1958), pp. 317-337; Albert O. Hirschman, *The Strategy of the Development*, New Haven (Conn.), Yale University Press, 1958 (traducción al español, *La estrategia del desarrollo económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970).

una dirección económica gubernamental –muchas veces con el control público de determinados sectores considerados estratégicos, como la minería o la energía– con industrias privadas volcadas hacia mercados nacionales o regionales, que trataban de sustituir importaciones por productos manufacturados propios.

A partir de los años setenta, uno de los economistas latinoamericanos más conocidos e influyentes de la época, el brasileño Celso Furtado –también alto directivo del CEPAL y próximo, en sus ideas, a las de Prebisch–, acabó tachando de inoperante la anterior dirección político-económica²⁶. Considera Furtado que el hipotético crecimiento económico de los países llamados “dependientes” de los grandes centros capitalistas, y en concreto de los latinoamericanos, sólo repercutiría en un empeoramiento de la distribución de la renta y de la riqueza internas, y en una intensificación del grado de explotación dentro de aquellos países. La conclusión, por tanto es muy pesimista sobre las posibilidades de salida de la pobreza de los países atrasados, no ya en el marco de una economía de mercado, sino incluso de una economía mixta. En dicha dirección visiblemente radicalizada de los economistas denominados “estructuralistas”, la única alternativa al subdesarrollo sería el cambio de modelo hacia una sociedad socialista y autónoma. La dualidad entre economías ricas y pobres – en Iberoamérica– es vista por ellos como un fenómeno estructural, forjado a lo largo de la historia, a partir del siglo XV, de modo que la mayor parte de las sociedades autóctonas del Nuevo Mundo acabaron convirtiéndose en sociedades dependientes del centro, primero de Europa, luego de Estados Unidos. El esquema centro-periferia surgía como simple recurso visual, al contemplar los países del centro –los desarrollados del Atlántico Norte, más Japón y Australia– y el resto del planeta, como una inmensa periferia, pero también como metáfora espacial de los mecanismos de explotación internacional. Desde los años sesenta y setenta del siglo XX, ha hecho fortuna una línea de interpretación histórica próxima a los presupuestos anteriores, debida al norteamericano Immanuel Wallerstein, autor de una densa bibliografía, con influencias básicas de Marx y Fernand Braudel, de quien adopta el concepto de Economía-Mundo –que acuñara el historiador francés–, aplicado al esquema socioeconómico de la confrontación entre capitalismo y dependencia²⁷.

²⁶ Celso Furtado, *El desarrollo económico: un mito*, México, Siglo XXI, 1975. El libro más representativo de Celso Furtado, y el más interesante desde el punto de vista histórico, es *Formação econômica do Brasil*, 1958 (traducción al español, *Formación económica de Brasil*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962).

²⁷ Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, 3 vols., New York, Academic Press, 1974-1989 (traducción al español, *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1979-1999). El concepto de Centro-periferia fue aplicado a la historia económica contemporánea de Europa, por Ivand Berend y Gyorgi Ranki, en *The European Periphery and Industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

La década de los ochenta fue vivida por los países iberoamericanos en una crisis financiera generalizada, debido a las políticas monetarias discrecionales seguidas en los decenios anteriores, una vez que el dólar comenzó a revaluarse, con fuertes alzas de tipos de interés, al tiempo que la capacidad de endeudamiento de aquellos países se redujo a la mínima expresión. Fue entonces cuando, lejos de seguir alternativas radicales y populistas, practicada por un número creciente de gobiernos latinoamericanos en los últimos lustros hasta nuestros días, otros países del Continente que habían tenido, medio siglo atrás, un papel destacado en el liderazgo de las políticas industrializadoras y sustitutivas de importaciones, cambiaron de modo llamativo su rumbo económico, a finales del siglo XX. La dirección elegida, en estos casos, ha sido una mayor integración en los mercados internacionales, una mayor ortodoxia financiera, una política de tipo de cambio más realista y una menor interferencia del sector público en las iniciativas económicas, como es el caso, con grados de matización importante, de Brasil, México, Chile y Argentina. La dramática evolución económica de estas sociedades, y también la alternancia de estrategias seguidas en busca del crecimiento, han inspirado una serie muy interesante de trabajos de contenido histórico-económico²⁸.

En la década de 1970, los historiadores económicos europeos y norteamericanos, próximos en su mayor parte a las teorías neoclásica y nekeynesiana, se sintieron impulsados a interpretar la historia de las economías contemporáneas –no sólo la de los países avanzados– a la luz de los diferentes factores que se han considerado claves del crecimiento económico, además de los recursos clásicos de tierra, trabajo y capital: el progreso tecnológico, el capital humano, el comportamiento demográfico, la integración económica internacional, la distribución de la renta, los derechos de propiedad o las instituciones²⁹.

²⁸ Un país en el que estos problemas han sido tratados con gran brillantez ha sido Argentina, a partir de las obras emblemáticas de Guido di Tella y M. Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Amorrortu, 1967, y de Carlos Díaz Alejandro, *Essays on the Economic History of Argentine Republic*, New Haven, Yale University Press, 1970 (traducción al español, *Ensayos sobre la Historia Económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975). En la misma línea de preocupación que los anteriores trabajos se sitúan los recientes libros de Gerardo della Paolera y Alan M. Taylor, *A New Economic History of Argentina*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, y Roberto Cortés Conde, *La economía política de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Edhasa, 2006 (versión en inglés, *The Political Economy of Argentina in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009).

²⁹ Uno de los trabajos más interesantes que tempranamente se planteó la complejidad de identificar las causas principales del cambio económico fue el de Ronald Max Hartwell, "The Causes of the Industrial Revolution: An Essay on Methodology", en R. M. Hartwell (ed.), *The Causes of the Industrial Revolution in England*, London, Debates in Economic Series, Methuen, 1967. Entre una muy amplia bibliografía posterior sobre esta cuestión, pueden destacarse, entre los trabajos publicados en la década de los setenta del siglo XX: Joel Mokyr, "Growing Up and the Industrial Revolution in Europe", *Explorations in Economic History*, XIII (1976), pp. 371-396, y Nicholas F. R. Crafts, "Industrial Revolution in England and France: Some Thoughts on the Question 'Why Was England First?'", *The Economic History Review*, XXX (1977), pp. 429-441.

Aunque la identificación de dichas variables causales en el proceso dinámico de crecimiento no es fácil, se han realizado estudios muy interesantes sobre la responsabilidad de determinados factores causales en el crecimiento histórico de algunos países³⁰. En todos estos desarrollos de historia económica está claramente manifiesta la influencia de economistas analíticos, como Ronald Coase, Theodor Schultz, Gary Becker y Douglass C. North, aunque este último es más propiamente un historiador.

4. El crecimiento y la convergencia económica internacional a la luz de la historia contemporánea

Un nuevo impulso revitalizador a los estudios sobre crecimiento económico, observados bajo una óptica histórica, fue dado por la obra de economistas como Robert E. Lucas y Paul Romer, para quienes el desarrollo económico es un fenómeno endógeno, es decir, explicable a partir de la realidad económica de un país determinado³¹. En realidad, estos autores complementan o corrigen el modelo de crecimiento de Solow, cuya variable clave era el progreso tecnológico, diferenciando el capital humano del capital físico, y prueban la calidad de su hipótesis mediante un análisis estadístico globalizado, Esta línea teórica pone particular énfasis en las razones por las cuales unas economías han crecido, o están creciendo, y otras, en cambio, permanecen estancadas a largo plazo. Las explicaciones endógenas, por definición, subrayan la influencia de los factores internos de cambio económico, con lo cual el potencial histórico de las economías avanzadas constituiría una circunstancia, en principio, favorable al crecimiento divergente; sin embargo, ello no excluye la posibilidad de convergencia histórica de los niveles de bienestar, en función de la dinámica del crecimiento de la población y de la acumulación de capital³².

³⁰ Un ejemplo brillante sobre la influencia determinante de la formación de capital en la España contemporánea es: Clara Eugenia Núñez, *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1992.

³¹ Los trabajos más significativos del nuevo enfoque son: Rober E. Lucas Jr., "On the Mechanics of Economic Development", *Journal of Monetary Economics*, 22 (1988), pp. 2-42, y "Why doesn't Capital Flow from Rich to Poor Countries?", *American Economic Review. Papers and Proceedings*, XXC (1990). Una de las primeras reflexiones, en España, sobre los modelos de crecimiento económico endógeno y su posible aplicación a los estudios históricos es la de Daniel Tirado Fabregat, *Revista de Historia Económica*, 3 (1992), pp. 487-496.

³² N. Gregory Mankiw, David Romer y David Weil, "A Contribution to the Empirics of Economic Growth", *The Quarterly Journal of Economic Journal*, 2 (1992), pp. 407-437.

La cuestión de la convergencia económica, contemplada desde una perspectiva histórica, ha atraído desde finales del siglo pasado una gran atención entre los economistas: la aproximación de países de diferente nivel de riqueza, mediante cambios en la velocidad de crecimiento de los países atrasados y los adelantados. Para que se produzca la convergencia económica entre unos y otros sería preciso que la productividad tienda a aumentar en razón inversa a los niveles que inicialmente poseían. Sin embargo, según algunos economistas partidarios del crecimiento endógeno, no hay aún evidencias suficientes que confirmen la tendencia hacia la convergencia entre economías atrasadas y economías avanzadas. Habría progreso económico, incluso progreso rápido para algunas sociedades atrasadas, pero ello no quiere decir que los más adelantados queden rezagados. Las potencialidades de las sociedades avanzadas, como es el capital humano, permite que la productividad de las economías ricas vuelva a incrementarse, o lo que es igual, que el nivel de Producto Interior correspondiente a unas dotaciones determinadas de trabajo y capital sea más alto de lo que era antes. Por ello, la brecha entre ricos y pobres tendería a aumentar, al menos, a largo plazo.

Sin embargo, Robert E. Lucas no es pesimista sobre la evolución económica de la humanidad; si se ensancha la brecha entre los más ricos y los más pobres del planeta, no siempre es porque los más pobres permanezcan estancados o retrocedan en su capacidad productiva o en su nivel de ingreso real, sino por el mayor dinamismo de las sociedades avanzadas. Según Lucas, la desigualdad económica entre las naciones procede de la revolución industrial, o lo que es igual, las disparidades en riqueza y renta entre las naciones es un fenómeno relativamente reciente –de apenas doscientos cincuenta años–, siendo así que en épocas más remotas, en las economías preindustriales, los niveles de riqueza y bienestar por persona eran más homogéneos.

El crecimiento económico moderno habría generado, por tanto, una dualidad entre ricos y pobres que ha tendido a aumentar con el paso del tiempo, como puede observarse en los datos correspondientes a 1960 y 1990. Sólo unas pocas sociedades en el mundo han conseguido acceder a los procesos de lo que Kuznets llamaba el crecimiento económico moderno, o sostenido a largo plazo. Sin embargo, en la comparación que establece Lucas en la distribución mundial de la renta en ambas fechas, se observan otras informaciones interesantes: 1/ El número de los más pobres disminuyó en términos absolutos entre 1960 y 1990. 2/ A lo largo de treinta años, la riqueza aumentó más rápidamente que la población

en la totalidad del mundo, y la pobreza objetiva se redujo para la gran mayoría de la humanidad. 3/ En 1990, la mayoría de los habitantes más pobres del planeta recibían una renta por persona, en bienes y servicios, doble o triple a la renta más baja de treinta años atrás. 4/ El conjunto de lo que podría denominarse, en sentido muy amplio, “clase media”, representó, en 1990, tres veces más que en 1960. 5/ El número de los “ricos” en sentido absoluto, con una renta anual superior a 8.100 dólares constantes por individuo, era mayor en 1990, en términos absolutos, al conjunto de los más pobres –es decir, quienes ingresaban de 500 a 1.100 dólares constantes–, y superaba holgadamente los 500 millones de personas, cuando en 1960 no llegaba a la mitad de esta cantidad. En resumen, el nivel absoluto de la pobreza en el mundo ha disminuido sensiblemente, pero las diferencias entre los más ricos y los más pobres aumentan: en 1850 había una diferencia, en los niveles económicos, de 1 a 2 entre los países tempranamente industrializados y el resto, mientras que, en 1900, la disparidad entre los más ricos y los demás países habría sido de 1 a 6; en 1990, los habitantes de los países más pobres, ganaron una renta media de 1.000 dólares frente a los 18.000 dólares per capita de los habitantes de Estados Unidos³³.

En realidad, las anteriores observaciones histórico-estadísticas de Lucas no difieren de las que han llevado, y siguen llevando, a cabo otros autores, como Xavier Sala i Martin, quien ha efectuado mediciones de niveles de renta por habitante en muchos países, llegando a algunas consecuencias destacadas, como el desplazamiento temporal de los niveles medios de ingreso por persona hacia niveles cada vez más altos y la superación continua y generalizada de los niveles de pobreza absoluta en todos los países, aunque dicha pobreza absoluta representa una proporción creciente de la población africana. También destaca Sala i Martin la concentración de la mayor parte de las rentas, dentro de un país, en torno a unos niveles homogéneos, con notables excepciones como Brasil, Nigeria o China, en los cuales la dispersión de rentas ha crecido con el paso del tiempo. Ello llevaría a este autor a mantener el punto de vista favorable a la convergencia entre individuos, en términos de bienestar individual, aunque no resulte igualmente observable dicho fenómeno en la comparación entre países diferentes³⁴.

³³ Robert E. Lucas, *Lectures on Economic Growth*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2002, especialmente el capítulo quinto, pp. 109-192.

³⁴ Xavier Sala i Martin, “The World Distribution of Income, Falling Poverty and... Convergence Period”, *The Quarterly Journal of Economics*, 121, 2 (2006), pp. 351-297.

Para épocas anteriores a mediados del siglo XX, con estadísticas menos fiables, Lucas hace un ejercicio teórico, a partir de las evidencias históricas. Observa que Adam Smith, Ricardo o Malthus estudiaron, en realidad, sociedades preindustriales o, para ser más precisos, en las fases iniciales de la revolución industrial. En las sociedades antiguas, hasta el siglo XVIII, hubo incrementos muy notables de la productividad en determinados momentos, por el progreso de la economía de mercado o por innovaciones tecnológicas, pero los aumentos de producto y renta consiguientes quedaban anulados, a corto plazo, por el incremento de la población, tal y como pusieron de manifiesto los citados autores. El progreso económico global de las sociedades empezó, de verdad, cuando los incrementos de productividad dejaron de traducirse en incrementos mayores de la población. Cree Lucas que ello fue posible por la acción consciente de un grupo, cada vez mayor, de trabajadores procedentes de una agricultura de subsistencia que llegaron a ocupar puestos de trabajo en los sectores avanzados, como la industria, y que buscaron para sus hijos mejores oportunidades reales de la que ellos mismos habían tenido en su infancia. La voluntad individual y familiar de cambiar su situación económica, al margen incluso de la enseñanza reglada, habría inducido a muchos trabajadores de la industria y los servicios a mejorar su capacidad mediante la observación y la transmisión práctica de técnicas y conocimientos materiales.

Tal sería, según Lucas, el grado más elemental de formación de capital humano *–learning by doing–*, pero con un grado mayor de eficacia que bibliotecas enteras de libros de alta tecnología para el progreso material de los menos afortunados. Coincidiendo con economistas como Schultz y Becker, afirma Lucas que este es el camino para que el conjunto de las naciones vuelva a tener una mayor homogeneidad de niveles de Producto y de Renta, como ocurría antes de la revolución industrial. Esta tesis parece confirmada por los ejemplos de los países asiáticos que se han sumado al grupo de los económicamente avanzados, como Singapur, Formosa, Corea del Sur, Malasia, y más recientemente otros que muestran altas tasas de crecimiento como India y China. Y antes lo fue para países europeos relativamente pobres, como era el caso de España o Italia, cuyas tasas de crecimiento, en la décadas centrales del pasado siglo, superaron las de los países económicamente más avanzados del Noroeste, al tiempo que Japón lograba las mayores tasas de crecimiento del Producto Interior del mundo. Augura Lucas que, una vez alcanzado un cierto y amplio grado de convergencia, las tasas de crecimiento de la renta y de la población de los países ascendentes tenderán a moderarse, de modo que, cuantas más economías nacionales se sumen a la modernización económica, antes lle-

gará la convergencia, o mejor, la homogeneidad; Lucas vislumbra dicho horizonte hacia finales del siglo XXI.

Lucas excluye de los fundamentos primeros del progreso la apertura económica a los mercados internacionales, aunque reconoce que constituye una condición necesaria del progreso. En lo que se refiere a dicho requisito, más que las ventajas derivadas de la especialización para el intercambio, opina que la apertura internacional de las sociedades atrasadas crea beneficios porque contribuye a mejorar el capital humano. En todo caso, resulta arduo aislar una causa principal –el capital humano, en el caso de Lucas– de otros factores como las políticas macroeconómicas adecuadas, o la existencia de instituciones favorables a las iniciativas económicas particulares, como una buena definición de los derechos de propiedad. Por otra parte, antes de la revolución industrial, la extensión de la economía de mercado ya provocó un aumento indudable de la división del trabajo, como expresa muy bien Adam Smith en el libro primero de *La riqueza de las naciones*, de modo que las diferencias en la renta o producto por habitante de Inglaterra u Holanda, a fines del siglo XVII o en la primera mitad del XVIII, probablemente repercutiera en comportamientos social e individualmente diferenciados respecto a otras naciones.

El tema de la convergencia, como vía de crecimiento económico de aquellas sociedades que permanecieron ajenas, en su mayor parte, a la primera revolución industrial ha sido, en realidad, una preocupación de muchos economistas, desde hace décadas. Baste recordar el modelo de Alexander Gerschenkron, sobre los tardíamente incorporados a la modernización económica³⁵. Otros autores que, en los últimos veinte años, han realizado análisis muy difundidos sobre la convergencia y el crecimiento de las economías, y las diferencias temporales en el dinamismo productivo y la capacidad de innovación de unas y otras, son Moses Abramovitz y Angus Maddison. Este último es autor de obras verdaderamente monumentales de carácter histórico-comparativo entre las diferentes regiones del mundo, con una perspectiva, no ya de decenios sino de milenios³⁶. Uno y otro han destacado

³⁵ Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective, a Book of Essays*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (traducción al español, *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1968).

³⁶ Además del artículo citado de Abramovitz, supra, n. 20: Moses Abramovitz, "Catching Up, Forging Ahead, and Falling Behind", *The Journal of Economic Journal*, XLVI, 2 (1986), pp. 385-406, y Moses Abramovitz y Paul A. David, "Convergence and Deferred Catch-up: Productivity Leadership and the Waning of American Exceptionalism", en Ralph Landau, Timothy Taylor y Gavin Wright (eds.), *The Mosaic of Economic Growth*, Stanford, Stanford University Press, 1996, pp. 21-62; Angus Maddison, *Dynamic Forces in Capi-*

el proceso de convergencia, protagonizado por un grupo cada vez mayor de países, que convergieron económicamente con Estados Unidos, hasta cierto límite, en un proceso iniciado tras la Segunda Guerra Mundial, pero que llegó a su cénit, hasta extremos preocupante para muchos norteamericanos, en el período 1970-1990. En realidad, la economía norteamericana disfrutaba y disfruta de una prosperidad nunca antes vista, aunque su época dorada de crecimiento –cuando logró niveles de producción y renta mayores que Gran Bretaña– fue la anterior a la Primera Guerra Mundial, de 1890 a 1914. Sin embargo, fue en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX cuando su dinamismo económico y su estilo de vida material fueron observados por los habitantes de otros países, particularmente los europeos, como un objeto de deseo alcanzable. Abramovitz ha apuntado a factores de convergencia como la productividad potencial, a partir de una dotaciones diferentes de capital por habitante, y también a otras circunstancias, como la facilidad para la difusión de conocimiento, la apertura al exterior y las posibilidades de desplazamiento sectorial y regional de la mano de obra. Dichos economistas también destacan, junto a otros, como por ejemplo William Baumol, que, en realidad, hay diversas sendas de convergencia, en diferentes niveles macroeconómicos, entre países europeos occidentales y anglosajones, más Japón, por un lado; entre países asiáticos, a otro nivel de producto *per capita* y de productividad total de los factores; entre países europeos orientales –de antigua alineación comunista– que, en algunos casos, se aproximan a sus vecinos occidentales; entre países latinoamericanos, y entre países africanos, aunque en este último conjunto, además de no detectarse ningún grado de convergencia en muchos casos, se pueden diferenciar varios grupos (como el de las naciones del Cono Sur africano, con un grado emergente de dinamismo)³⁷.

Estados Unidos creció, entre 1950 y 1973, con una elevada tasa de aumento del Producto Interior Bruto *per capita*, aunque menor al de otras regiones europeas y asiáticas. La tasa de crecimiento del Producto Interior Bruto de Estados Unidos, entre 1975 y 2008, ha sido superior a la de esa misma macromagnitud en las economías europeas, pero inferior a la del Producto Interior de Corea, y muy próxima a las tasas correspondientes de Australia y Canadá. El nivel de Producto Interior *per capita* norteamericano sigue siendo el más elevado del

talist Development. A Long-Run Comparative View, Oxford, Oxford University Press, 1991 (traducción al español, *Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas. Una visión comparada a largo plazo*, Barcelona, Ariel, 1991); *The World Economy*, 2 vols., Paris, OECD, 2006.

³⁷ Willam J. Baumol, Richard R. Nelson y Edward N. Wolff (eds.), *Convergence of Productivity. A Cross-National Studies and and Historical Evidence*, New York, Oxford University Press, 1994.

mundo occidental, aunque ha habido últimamente un debate singular sobre la corrección de las medidas comparativas en el crecimiento real –al margen de la evolución de los precios de consumo– de las macromagnitudes, y sobre las economías externas de las nuevas tecnologías de información y comunicación, en las que Estados Unidos sigue siendo líder indiscutible³⁸.

¿Qué evolución seguirán las diferentes economías del planeta tras la crisis actual si, a partir de 2010, como parecen indicar las proyecciones, pueden mejorar las circunstancias en los diferentes mercados? Puesto que mi intervención de hoy trata sobre la Historia y los economistas, creo que podría eludir responder a tan obligada pregunta. Pero es precisamente el trasfondo histórico de este interrogante el que lo hace más apasionante. ¿Se mantendrán las posiciones relativas del presente o se modificarán en el futuro los liderazgos económicos tras los que se pretenda converger? Con las debidas precauciones, que son todas, y a la vista de los datos disponibles –que son provisionales–, cabe decir que son precisamente las economías que de forma más llamativa han emergido en los últimos años, como China, India o Rusia, las que parecen afrontar mejor las inciertas condiciones financieras y productivas, junto con el grupo más dinámico de los países asiáticos. Incluso África parece presentar mejores perspectivas de recuperación que las economías de la Unión Europea, desde el punto estricto de la tasa de crecimiento del Producto Interior Bruto. Lo mismo ocurre con Estados Unidos –a pesar de su desastrosa deriva financiera–, con previsiones más optimistas que los habitantes del Viejo Continente, gracias a su capacidad de incrementar la productividad, mientras que las economías latinoamericanas más próximas al modelo socioeconómico occidental parecen asimismo contar con activos importantes para remontar una posible depresión. Se descartan, por fortuna, al menos hasta el presente, las salidas proteccionistas y la cooperación internacional ha llegado a convertirse en norma, a diferencia de lo que ocurrió en la década de los años treinta del siglo pasado.

Si hay incógnitas más difíciles de resolver, es sobre todo en el futuro del sistema monetario y financiero internacional, aquel en que ha empezado la crisis. Los historiadores, quizá con una preocupación subyacente muy fundada, hace ya algún tiempo que estudian con detenimiento la historia financiera y monetaria del período entre ambas guerras mundiales, cuando se demostró la inviabilidad del patrón oro y se desencadenó una crisis internacional, que tuvo –al menos, eso parece hasta este momento– haber tenido consecuencias más duras que

³⁸ Angus Maddison, *The World Economy*, pp. 125-141.

la actual, sobre todo por la pérdida de bienestar personal para millones de personas, hasta niveles extremos. La historiografía de la crisis financiera de los años treinta del siglo pasado presenta un punto de inflexión en 1963, cuando Milton Friedman, junto con Anna J. Schwartz publicaron su trascendental obra *The Monetary History of the United States, 1867-1960*, y con la aparición, diez años después, del excelente libro de Charles Kindleberger –quien no sólo fue intérprete de la crisis, sino también testigo, e incluso actor de algunos de los acontecimientos económicos más importantes del siglo XX– *The World in Depression, 1929-1933*, con un enfoque de la crisis no sólo norteamericano, sino mundial, que subrayaba los aspectos reales de la depresión, como el desajuste estructural producido a raíz de la Primera Guerra Mundial³⁹. A partir de entonces han sido numerosos los trabajos de especialistas como los propios Milton Friedman y Anna Schwartz, Peter Temin, Michael D. Bordo, Barry Eichengreen, y el actual Gobernador del Banco de la Reserva Federal, Ben Bernanke, quienes, como otros muchos, han analizado detenidamente las causas y los avatares de la depresión que se prolongó diez años, a partir de una caída bolsística de 1929⁴⁰.

Ciertamente, en la crisis actual confluyen factores correctores que se consideran producto de las enseñanzas aportadas por anteriores crisis financieras, y en especial la de 1929 y años posteriores. En primer lugar, la voluntad de cooperación internacional es mucho mayor que la existente entonces, entre otras razones porque la economía es cada vez más global, y hay un general convencimiento de que los problemas financieros y las soluciones que se propongan no pueden ser analizados de manera individual. En segundo lugar, los bancos centrales disponen de un conjunto de instrumentos de análisis y conocimiento de la realidad económica, y de la banca en particular, que permiten acciones mucho

³⁹ Charles P. Kindleberger, *The World in Depression, 1929-1939*, 2ª edición, Baltimore, John Hopkins University Press, 1986 (hay traducción al español de la primera edición, de 1973, *La crítica económica, 1929-1939*, Barcelona, Crítica, 1985).

⁴⁰ Michael D. Bordo y Anna J. Schwartz, *A Retrospective on the Classical Gold Standard, 1821-1931*, Chicago, National Bureau of Economic Research, 1984; Peter Temin, *Lessons from the Great Depression*, Cambridge (Mass.), Massachusetts Institute of Technology, 1989; *The Great Depression*, Cambridge (Mass.), National Bureau of Economic Research, 1994 (hay traducción al español, *La gran Depresión*, Madrid, Alianza, 1995); Barry Eichengreen, *Golden Fetters: the gold standard and the Great Depression, 1919-1939*, New York, Oxford University Press, 1992; Barry Eichengreen y Marc Flandreau (eds.), *The Gold Standard and Theory and History*, Andover, Routledge, 1997; Barry Eichengreen y Peter Temin, *The gold standard and the Great Depression*, Cambridge (Mass.), National Bureau of Economic Research, 1997; Ben Bernanke, "Non Monetary Effects of the Financial Crisis in the Propagation of the Great Depression", *American Economic Review*, LXXIII, 3, (1983), pp. 257-276; *Essays on the Great Depression*, Princeton, Princeton University Press, 2000; Ben Bernanke y Harold James, *The Gold Standard, Deflation and Financial Crisis in the Great Depression: an international comparison*, Cambridge (Mass.), National Bureau of Economic Research, 1990; Milton Friedman y Anna J. Schwartz, *The Great Contraction, 1929-1933*, Princeton, Princeton University Press, 2008.

más rápidas y eficaces, a fin de atajar cualquier posibilidad de traslación de un problema singular al conjunto del sistema. En tercer lugar, los gobiernos se han comprometido explícitamente a cooperar entre sí y a procurar medidas políticas, como la extensión de crédito a sectores en riesgo de quiebra, o el respaldo a las entidades financieras que desean sanear sus activos en plena crisis, en busca del restablecimiento de la confianza del público y de la reactivación de los canales de crédito privados.

Es de esperar que estas medidas, adoptadas con carácter general en las economías occidentales, obtengan frutos positivos en fechas no lejanas. Sin embargo, a largo plazo subsiste la incertidumbre sobre algunas cuestiones no triviales. Una de ellas es el coste de la crisis y de las soluciones adoptadas para reducirla. El incremento del endeudamiento del Estado puede llevar de nuevo, en un futuro relativamente próximo, a desequilibrios financieros en las principales economías, como la norteamericana y algunas europeas, lo cual obligaría a aumentos de la presión fiscal quizá más allá de lo deseable en situaciones de recuperación de la actividad inversora y productiva. No se ha resuelto, de modo definitivo, la grave cuestión de la relación entre los medios de pago internacionales. Una vez que, hace casi cuarenta años, Estados Unidos desvinculó del todo al dólar del oro, a consecuencia del ascenso irrefrenable del gasto público, por la guerra de Vietnam, y del aumento de la oferta de divisas norteamericanas, la elección de un medio de pago de valor estable, que inspire seguridad y general aceptación, se ha convertido en una preocupación cada vez más presente. La estabilidad tradicional de algunas monedas, como la británica, la suiza, la japonesa o la de la Unión Monetaria Europea, no borran las dudas acerca del futuro valor del dólar norteamericano, que sigue siendo la moneda internacional más utilizada en los intercambios, o la viabilidad de una política única para los países de la Zona Euro, en caso de que se agraven los problemas estructurales de algunos de sus miembros.

Por último, hay una cuestión de trasfondo que quizá no sea la de menor importancia en las sociedades de economía de mercado. ¿No acabará alterando la intervención creciente del Estado, cada vez más requerida por la sociedad a medida que se agravaba la crisis, el predominio, ya erosionado, de la libre elección individual y de las decisiones económicas prioritarias de los particulares? Peter Temin y Barry Eichengreen han subrayado la importancia que tuvo la ideología del patrón oro –es decir, el prestigio de valores, que algunos califican de *victorianos*, como la aceptación del orden social, el esfuerzo personal, el respeto a

las obligaciones contraídas, el ahorro y la austeridad, entre otros– en el deterioro de aquel sistema monetario, cuando se reveló incompatible con la realidad social y económica existente tras la Primera Guerra Mundial. Puede que ahora –ante el surgimiento esporádico de unos hechos que superan, con mucho, las posibilidades de reacción individual– se esté reforzando la tendencia voluntaria a abrazar unos valores contrarios a aquellos: la delegación de responsabilidades en el Estado, la aceptación del estatus pasivo de los ciudadanos y, en definitiva, la cesión de libertad personal, a cambio de seguridad, otorgada por un poder superior, el Ogro Filantrópico definido por Octavio Paz, que se alimenta del trabajo de unos individuos, cuyo destino está cada vez más enajenado⁴¹.

5. Conclusiones

El objeto específico del trabajo de los economistas se identifica con la evolución positiva de la empresa o institución en que trabajan, con la optimización del bienestar de los individuos y familias a las que asesoran, y con la reducción de la pobreza, la progresiva capacidad de elección individual y el progreso material de las sociedades para las cuales ejercen su actividad, o en las cuales desarrollan su labor. Sin duda, en este último fin, aunque la mayoría desenvuelva su función en el ámbito del sector privado, el que mejor representa la dimensión social y antropológica de los economistas, y a ella se puede contribuir de modo más o menos inmediato, desde cualesquiera de las otras dedicaciones profesionales citadas. La dimensión social del economista, al menos desde determinadas posiciones éticas –desde luego, la cristiana–, resulta inseparable de la solidaridad en libertad, y de la disminución del dolor, la ignorancia y la pobreza, y a ello puede contribuir con los instrumentos y técnicas que le son propios. He tratado, abusando de la paciencia de todos, de mostrar una parte, al menos, de los considerables esfuerzos que los economistas científicos han dedicado y dedican a este objeto, y cómo la historia es un poderoso medio a su disposición, para conocer de modo más certero y más completo la realidad, y corregir los errores cometidos en el pasado. Don Enrique Fuentes Quintana, maestro de muchos de nosotros, gustaba de repetir la frase del filósofo hispano-norteamericano George Santayana: “Aquellos que no recuerdan su pasado están condenados a repetirlo”. La historia sirve para verificar que las recomendaciones de progreso social son válidas, y también para evitar que los fallos cometidos por inexperiencia,

⁴¹ Resulta muy recomendable, en este punto, el reciente libro de Pedro Schwartz, *En busca de Montesquieu. La democracia en peligro*, Madrid, Encuentro, 2007.

evaluación errónea de los hechos, o simplemente porque la teoría que se trata de aplicar es falsa, vuelvan a provocar penuria, pesadumbre y miedo.

Desde luego, ni los economistas son los únicos responsables, ni siquiera los más importantes, de quienes depende el progreso material de las sociedades, ni resultan ser tampoco los culpables de que dicho progreso no se logre. Hay otros actores de primera fila, como los empresarios, los trabajadores, las grandes sociedades y empresas, los políticos, los difusores de las ideas predominantes, las instituciones religiosas, sociales y culturales, y sobre todo las personas individualmente consideradas, las que hacen que el mundo, incluido el económico, sea como es y cambie en una dirección determinada. Por tanto, cuando surge abruptamente una crisis económica tan extensa y de tan graves manifestaciones como la actual, los economistas no pueden ni deben ser los únicos que se responsabilicen de ella, ni los únicos que aporten soluciones, aunque por un elemental sentido de la división del trabajo, sean ellos quienes deben advertir del peligro de su proximidad, como ocurrió antes de que se mostrara la crisis actual, por parte de algunos especialistas que todos conocemos. Son también los economistas quienes deben apreciar objetivamente la realidad material de una sociedad y sugerir recomendaciones para corregir sus defectos. Pero resulta evidente que carecen de la competencia para afrontar solos situaciones adversas, no ya críticas sino crónicas, de pobreza, centrada según he dicho antes, en África, aunque ni mucho menos resulte exclusiva de ese Continente. La carencia extrema de bienes, incluso de subsistencia, afecta a muchos centenares de millones de personas, que además son, en muchos casos, los que sufren otras calamidades que cabe calificar de maltusianas, como enfrentamientos civiles y étnicos, sequías, genocidios y migraciones forzosas y masivas. Sabemos que, más allá de la ayuda humanitaria que voluntariamente se preste, hay determinadas medidas y políticas que producirán efecto positivo a medio plazo, e incluso antes, como la libertad de comercio –no sólo en un sentido determinado, sino de todos los países con todos–, la libertad de movimiento de capitales y personas, la elevación del capital social fijo, por medio de la financiación internacional de escuelas, hospitales y medios de comunicación, la seguridad de las inversiones extranjeras, la formación de capital humano, tanto de forma reglada como espontánea, y la acción coordinada de otros países y organismos supranacionales para, entre otras cosas, preservar los derechos de propiedad y las instituciones independientes e imparciales. De hecho, algunas de estas políticas han sido puestas en práctica, pero resulta desesperante que la intensidad de las mismas, muchas veces, sea irregular o intermitente, y que

sus resultados queden frustrados o pervertidos por la interferencia de objetivos políticos particulares.

Este es el punto en que la historia puede aportar algunos componentes de optimismo, que no son otros sino los ejemplos de otras sociedades que han progresado, hasta el punto de aumentar la esperanza de vida de sus habitantes y elevar la renta disponible media, hasta alcanzar niveles muy por encima del nivel absoluto de pobreza. ¿Ocurrirá en África lo mismo que antes ocurrió en Europa meridional y oriental, y que ahora está ocurriendo, al menos parcialmente, en Asia?

Con esta pregunta debo acabar. Aunque la historia nos conforte con sus ejemplos positivos de progreso material a lo largo del tiempo, también nos alecciona acerca de las rupturas, las involuciones y la frustración de generaciones enteras. Luchemos porque ello ocurra cada vez menos.

Pedro Tedde de Lorca, se doctoró en Ciencias Económicas por la Universidad Complutense en 1974 con Premio Extraordinario. Su tesis doctoral trata de “La banca privada y la industrialización española durante la Restauración (1874-1914)”, una versión de la cual fue publicada, junto con otros trabajos de diferentes autores en Gabriel Tortella (dir.), *La banca española en la Restauración* (dos volúmenes, Madrid, Banco de España, 1974). Otros trabajos posteriores son “Las compañías ferroviarias en España (1856-1936)”, publicada en Miguel Artola (dir.), *Los ferrocarriles en España (1844-1943)* (dos volúmenes, Madrid, Banco de España, 1978); *El Banco de San Carlos* (Madrid, Banco de España, 1988); *La formación de los bancos centrales en España y América Latina* –coeditado con Carlos Marichal– (dos volúmenes, Madrid, Banco de España, 1994); *El Banco de San Fernando* (Madrid, Banco de España, 1999), y *Economía y colonias en la España del 98* (Madrid, Síntesis, 1999). Historiador del Servicio de Estudios del Banco de España. Profesor Adjunto y Agregado de Historia Económica en la Universidad Complutense y Catedrático de Historia e Instituciones Económicas en las Universidades de Málaga y CEU San Pablo.